Óscar Barrientos Bradasic

EL RENCOR VINO DEL FRÍO



ÍNDICE

El origen de la tristeza **9**

Tren al sur de la Tierra Media **22**

El rencor vino del frío **43**

Elogio de la prehistoria **67**

Gaucho cabrío **101**

Hibris **111**

Villa cambiaso **137**

Moraleja del animal imaginario **154**

Mitologías de la basura **174**

Alegorías del mar **193**

“El cielo me sea enemigo
Y contrario el mar furioso,
Viento mi choza derribe,
Fuego abrase mi rastrojo;
La tierra no me sustente,
Y el agosto caluroso,
Lleve el agua mis sembrados,
Mis cabras hambrientos lobos;
Mis corderos mate el frío,
Mis colmenas lleve el oso,
Mis vacas mueran de rabia,
Mis toros de andar celosos.
El cielo, la mar, la tierra,
El fuego, el viento, el agosto,
Sembrados, cabras, corderos,
Ovejas, vacas y toros,
Si no te adoro, de celos
Mueran mis sentidos todos”.

Lope de Vega

El origen de la tristeza

I

A la manera de un anciano loco que hace girar su paraguas sin tela como las aspas de un molino que solo existe en mi infancia. Así llora esa tarde mientras los pájaros desgarbados de alas húmedas, se posan flemáticos en los postes del barrio y cada tarde la aurora parece tragarse un pedazo de cielo.

A la manera del faro que vigila el sueño de los justos y de las cortinas de una vieja ventana de madera sin pintura, ondeando levemente cual bandera de rendición.

A la manera de un día de la semana que extravió su amuleto en el calendario, dejando al descubierto sus cicatrices ancestrales, sus harapos sublimes, sus descosidos contornos, sus medallas de hojalata, su vaivén y letanía.

A la manera del disparo del sifón contra el fondo del vaso, salpicando no solo agua con gas y burbujas sino planetas jamás bautizados, galaxias tan violentas como expansivas, civilizaciones donde seres con garras y colmillos extravían su progenie en un golfo olvidado; países habitados por hombres de enormes pies y pezuñas de animal, comarcas gobernadas por el abismo. Esas son las estocadas

de la memoria. Así el crepúsculo recuerda nuestro pacto con la penumbra.

Así veo en la postal de mi memoria, el cielo de Punta Arenas y las casas de techo rojo y fierro acanalado en el Barrio Croata. De pronto se alza el Estadio Ramón Cañas Montalva, con sus almenas de castillo medieval, como construido en la arena, y a su lado, una quebrada donde asoman los nichos y mausoleos del Cementerio Municipal. Entre los pastizales del Estadio y el muro que lo separa del camposanto, se encuentra la Laguna de los Patos, un espejo donde ondean las piedras que arrojan dos niños todas las tardes. En sus remolinos, en su ligero oleaje, en el ingreso del viento sacudiendo las aguas, ambos, sin saberlo, avizoran una estrella que naufraga.

II

Juvenal tenía nueve años, un padre y una madre a los que nunca conoció, una abuela nacida en Chiloé que representaba toda su familia y un canario en una jaula al que llamaba "niñito bebé". Vivía a cuatro cuadras del cementerio. Temía a la oscuridad más que nada en el mundo, pero no albergaba el más mínimo temor al vecino camposanto, incluso cuando caía la noche. Vestía una jardinera morada y una camisa a cuadrillé, calzaba unos zapatos viejos donde el tiempo abría agujeros y grietas en su andar. Su carácter era reservado, aunque de repente, en los rincones más inesperados de su mutismo, le brotaba una alegría explosiva. Soñaba que algún día iba a conducir una nave espacial.

El amigo de Juvenal era tres años mayor que él. Tenía un padre enapino y una madre dueña de casa; dos abuelos, uno zapatero y otro hojalatero; dos abuelas, también dueñas de casa. Vivía en una casa de dos pisos que ostentaba un patio con invernadero, de donde salían lechugas, tomates y rabanitos. No jugaba con autos sino con muñecos articulados, reemplazando miembros de uno en otro hasta fabricar un panteón de seres tan irreconocibles como híbridos. Según él, algún día sería astronauta. Eso lo recuerdo bien porque el amigo de Juvenal era yo.

Un día nos aburrimos de tirar piedras a la Laguna de los Patos.

—Juvenal, podríamos construir un barco para cruzar esta laguna —le dije.

—Un barco pirata —contestó.

Con maderas, cuerdas y dos tambores, que encontramos en los pastizales del estadio viejo, hicimos esa pequeña balsa a la cual le colgamos un trapo donde después dibujamos la calavera y las tibias en cruz de todo navío bucanero.

La imagen de Juvenal y yo surcando la superficie apenas inquieta de la laguna y los largos palos oficiando de remos en esas tardes de nubes largas, son ahora las imágenes de una película muda cuyo gastado movimiento se niega a desaparecer por completo.

III

No faltó a la cita una señora decrépita, enlutada y fofa que caminaba a través de las edades con su bastón de madera

sin inscripción y un buitre en cada hombro. Sorda, miope y muchas veces borracha: la vida real. De tantos años conviviendo con ella, puedo intuir su itinerario. Da la sensación de que sale temprano luego de dormir en uno de los nichos del cementerio y se desplaza por nuestro barrio llevando en su andar los emblemas de la muerte y recordándonos que los años que pasaron fueron más felices.

Saluda a una luna andrajosa que se abre paso entre los nubarrones que propone el invierno y luego se marcha. Así es la vida real.

De hecho, cada vez que la veo trato de no dirigirle la mirada y cruzar a la vereda del frente. Pero no pasa desapercibida en almacenes, panaderías, carnicerías, emporios y sobre todo en las casas donde se funde con las fotos viejas de los difuntos, con sus imágenes sepia y sus instantáneas dichosas, que el disparo del obturador congeló para luego ser encerradas en la jaula del portarretrato. Para ella nuestros recuerdos felices son como animales enjaulados que ni siquiera están vivos.

Con respecto a nosotros, se esfuerza en ser enfática al aclararnos que Juvenal nunca piloteó una nave espacial ni yo fui astronauta. Y que nuestro barco pirata ya no existe. Que jamás fuimos bucaneros conquistando el océano, ni navegantes de estrellas.

El Barrio Croata ha cambiado un poco. Conserva, sin embargo, sus calles tranquilas, la metalúrgica del abuelo, la panadería Musac, la Iglesia Don Bosco con su Virgen Auxiliadora custodiando la ciudad bajo el campanario que de pronto despierta cada ciertas horas y tañe su ladrido de metal, la

plaza Sampaio con sus lobos marinos de cemento, el único prostíbulo al lado del Río de las Minas, la Escuela Croacia, antes llamada Yugoslavia, como si su sola presencia en medio de la calle testimoniara la desintegración de un país que ninguno de sus alumnos conoció. Se han sumado unas cafeterías con wi fi, tiendas de souvenirs y sobre todo molestas moles industriales donde se venden repuestos, vehículos y pinturas.

Yo vivo en calle Carrera con mi madre y soy profesor en un liceo. Todas las tardes, cuando regreso del trabajo, paso a conversar un rato con Juvenal, que ya no vive donde antes sino en la vereda de Angamos con Jorge Montt. Su hogar es una cama señorial a la intemperie. Asocio que perteneció a su abuela. Allí está invierno y verano. Por ello, durante las noches templadas o con lluvia y nieve, uno puede ver a mi amigo acostado, muy recogido en su cama y en su velador la jaula con el "niñito bebé". Ya nadie le da importancia y han incorporado esa imagen al paisaje.

Ahora es un hombre y por su rostro han pasado los años. Se puede describir como un tipo de mirada errante, frente amplia con entradas anunciando la llegada de la calvicie, facciones regulares, ojos febriles y cabellos renegridos. A pesar de ser mudo como un pez, debo ser una de las pocas personas con quien conversa habitualmente. Ha crecido varios números la talla de su jardinera y camisa a cuadrillé, pero en sus ojos aún gravita un asombro que brota de improviso, como un retorno inusitado al país de la niñez.

Sé que de día trabaja en pequeños oficios y cada vez que retorno del liceo lo encuentro recostado en su cama jugando con el canario.

Una vez no resistí mencionarle mis impresiones y le dije que mejor arrendaba o construía una casa, que un hombre no puede vivir en una cama.

—Aquí me siento protegido —contestó con una sonrisa, sentado en un borde.

—Pero una casa es más protegida —le insistí.

Juvenal paseó su mirada por las viejas casas del barrio como empapándose de recuerdos sombríos, sus ojos dibujaron una línea hiperbólica que se extravió en el horizonte azul, mientras un viento fugaz soplaba alzando las hojas secas que olvidó el otoño. Seguía sin abandonar del todo la coraza de su ensimismamiento.

—Cuando las luces de una casa se apagan llega la oscuridad, en cambio, aquí nunca está del todo oscuro.

Afloraba nuevamente en él su ancestral temor a la oscuridad. No obstante, pude advertir en su semblante tostado por el viento y el sol que se percataba de mi extrañeza, que sus argumentos esta vez me parecían de una fragilidad abismante.

—Quisiera compartir algo contigo, ya que eres mi único amigo. A cierta hora de la madrugada se ve, desde esta esquina, un espectáculo reservado para unos pocos. Acércate aquí a las tres de la mañana y te lo enseñaré.

Lo dejé en su cama jugando con el "niñito bebé" y encaminé por calle Jorge Montt para almorzar. A esa hora del mediodía, el barrio se veía animado, los vehículos circulando, la tienda de repuestos llenos, el taller de vulcanización, el almacén y la botillería.

Aquel viernes estuve hasta tarde con unos compañeros de trabajo en un bar de Avenida España. La embriaguez, como

una niebla viscosa que se expandía en la penumbra, nos sorprendió tras reiterados brindis, celebrando una suerte de ritual triste, entre camisas hediondas a tabaco y rostros sudados emergiendo de conversaciones perfectamente olvidables.

Nos despedimos a la salida del local. El estrecho brillaba en las tinieblas. Volví por las calles de la ciudad, a esa hora prácticamente desierta y recordé las palabras de Juvenal, así que llegando a Bulnes descendí por Angamos, siguiendo la promesa del mar. En efecto, me esperaba sentado en el borde de su cama con una sonrisa amplia y generosa.

—Quiero ver ese espectáculo del que me hablaste —le dije sentándome a su lado.

Su expresión era de plenitud, sus ojos se perdían en la inmensa trizadura azul de aquella noche estrellada, condecorada con una luna similar a un queso.

—Ya va empezar —me dijo sacando al "niñito bebé" de su jaula para luego acariciarlo en su mano—. Mira hacia el estrecho.

Giré la vista hacia la costanera y distinguí en la distancia un conjunto irregular de figuras que se desplazaban en medio de la calle Angamos, a esa hora totalmente desolada. De distintos tamaños y formas se movían en la oscuridad, dibujando un movimiento cadencioso, acompasado por la ritmicidad propia de un desfile, aunque en sentido estricto se trataba de una murga que salía del mar y entraba a la ciudad. Ese mar no solo era un olla inabarcable y salada colmada de memorias atávicas, sino también una máquina de fabricar alegorías. Si pudiésemos describir a los concelebrantes, diría que en el fondo iba un piquete de animales que asocié a

elefantes marinos, posando con sus enormes aletas. Montados sobre unos tablones con ruedas y riendas, eran arrastrados por perros similares a lobos cuyo aliento humeaba en la noche fría. Frente a ellos unas treinta focas avanzaban llevando en el hocico una cuerda, cuyo extremo contrario servía de collar a unos peludos roedores de considerable tamaño. Era un verdadero prodigio observar esos soberbios animales del océano llevando a otros seres como mascotas.

Adelante de ellos iba una carreta rústica, cuyas ruedas de madera mojada, sin llantas ni cojinetes, dejaban una estela en el pavimento. Era tirada por un guanaco altivo con un penacho celeste. El cuadrúpedo destacaba por su trote lento; con su cuello esbelto, sus orejas puntiagudas y grandes, la capa de pelaje color marrón claro a rojizo en la parte superior del cuerpo y blanco en todo el vientre lanudo. En la rampa del carro iba un niño de pie, apoyado en una baranda construida por maderos toscos, de fresno u olmo. En realidad, no era un niño. Era un ángel, un querubín desnudo con sus alas blancas peinadas por la brisa, cabello ensortijado y rubio como las espigas de maíz. Tenía en sus sienes una corona de muérdagos y nos saludaba a ambos con un cetro en la mano.

Frente a la carreta, como vigía de esta comparsa, un singular animal se deslizaba a ras de suelo. Húmedo y alargado, reptaba, como si su boca, ubicada en la parte inferior, tratara de palpar un corazón oculto bajo el pavimento. Era de un café parduzco con manchas negras.

Juvenal me explicó con absoluto detalle:

—Los del fondo, son los dugongos del planeta de los corales; con su andar formidable y su voluntad de hierro

vienen desde tan lejos todas las noches a visitarme, y la tierra pródiga les ofrenda sus carruajes tirados por canes siberianos; es la forma en que lo doméstico rinde tributo a los inalcanzables abismos marinos, luego del crepúsculo de las liebres. Quienes marchan frente a ellos son las focas cangrejeras oriundas del país antártico, tienen aún en los ojos la visión incorruptible de los hielos eternos, aparición tan sacrosanta que enceguece al entrar en el barrio de la tristeza y por eso, llevan como lazarillos a los capibaras que proceden de selvas tupidas, seres ínfimos y diligentes que ofrendan su obediencia a la majestad animal de la nación celeste. Si te fijas bien, el carruaje que lo antecede es tirado por el guanaco de la inmensidad coironal, que transporta orgulloso al angelito de luz. Por el día se oculta en las aguas del estrecho y todas las noches, acompañado de su escolta, sale desde el mar, ingresa a nuestro barrio y vuelve a su morada originaria: la Laguna de los Patos. Allí lo espera un imperio sumergido donde todas las noches es coronado por las deidades que habitan sus profundidades. Quien lleva la delantera de este grupo es la Gran Planaria de las ilusiones perdidas, que con su forma extravagante custodia la soledad de la calle y anuncia las primaveras telúricas.

Nos sumamos exultantes a esa caravana que horadó la soledad del barrio, a ese cortejo maravilloso que le estaba vedado a todos, menos a dos hombres y un canario. El mar que se batía allá en la playa, refulgente, inaccesible y agitado para todos los navegantes extraviados que cruzaron el Estrecho de Magallanes, obsequiaba a estos seres ínfimos que no serían recordados en ningún libro, un carro alegórico donde

los animales de fábula se doblegaban ante el sortilegio naviero. Un arca de Noé con animales extraídos de desconocidos bestiarios y enarbolando la candidez de un niño alado.

Así llegamos hasta la parte del cementerio que colinda con el Estadio y la fauna de aquellos mundos remotos se fue internando en la Laguna de los Patos hasta desparecer con las últimas ondas que tejían y destejían una breve armonía de luz.

Aún recuerdo el saludo final del querubín, antes de hundirse por completo en el agua y traer de vuelta el silencio.

IV

El domingo en la mañana el sol sale desde el estrecho de Magallanes e ingresa en mi barrio, abriéndose paso entre nubes que parecen ilustradas por un escolar. Yo aún duermo, luego de una noche bastante aguardentosa y, al abrir los ojos, tengo la desagradable sensación de que mis huesos están huecos.

Me incorporo a duras penas de la cama y en el baño orino largamente. El dolor de cabeza es punzante, llego a sentir dos tenazas oprimiendo mis sienes. Sin embargo, para mí, el despertar de una noche de copas es siempre una retorcida forma de resurrección.

Siento desde la cocina, la radio que suena:

Ja sam sirota nemam nikoga
Oca nemam, majke nemam, ja sam sirota.
Sirotice ti, nemoj plakati,
Jer ti ljubiš jednog momka, crna oka dva.

Ja sam sirota, al' sam bogata
Jer me ljubi jedno momče koga volim ja[1].

Bajo las escaleras y encuentro a mi madre hacendosa preparando el desayuno. A esa hora la radio transmite La Hora Croata, un vetusto programa con canciones folclóricas dálmatas, klapas y noticias de la colonia. Ya sentado en la mesa, me sirve café de grano, mis tostadas con mantequilla y una paila de huevos.

—Estuvo buena la farra anoche —comenta, no muy conforme.

Las pesadas cortinas del ventanal ya están abiertas y el sol entra proyectando su certera luminosidad en la panera. Mi madre me habla del programa, mientras el relajo ingresa a mi cuerpo luego de los excesos de la salida nocturna. Durante un rato recordamos a mi padre fallecido hace ya algunos años y reparamos en una foto donde se encuentra con su buzo de trabajo en una faena petrolera.

Ella se ve alegre, incluso cuando frente a la casa pasa esa anciana horrenda y vestida con trapos negros y buitres centinelas. Qué viejita se puso la vida real, murmura casi en tono de mofa.

—Ese Juvenal no deja de sorprenderme —le digo ya más despierto—. Anoche me llevó a la Laguna de los Patos y me

---

[1] Soy huérfana, no tengo a nadie,
No tengo padre, no tengo madre, soy huérfana.

Oh, tú, huérfana, no llores
Porque quieres a un chico, dos ojos negros.

Soy huérfana pero soy rica
Porque me quiere un chico a quien quiero.

mostró algo rarísimo. También le dije que se buscara una casa, que no puede vivir en una cama, pero no me hace caso.

—¿Todavía te dura la borrachera? —pregunta mi madre.

De pronto, ella cae en un silencio que llega a cortar el aire. Ni siquiera las reseñas de los últimos bautizos de niños o de bodas de descendientes de croatas la pudo sacar de ese estado, en esos instantes donde suele comentar que el que se casa es hijo o nieto de no sé quién. Ahora en su rostro vive una expresión que costaría describir.

Durante unos minutos busca sus viejos cuadernos y álbumes de fotos. Al final me deja en la mesa una noticia corroída.

—¿Qué pasa, vieja?

Ahí me cuenta que cuando niño alguna vez contraje la peste cristal y que los efectos de la enfermedad fueron muy virulentos. Entonces, Juvenal vino a buscarme para que fuéramos a jugar a la Laguna de los Patos. Naturalmente no me dejaron salir y esa fue última vez que se le vio caminando hasta el límite del Estadio. Cuando pasaron horas de su desaparición, se volcó todo el barrio a buscarlo y la noche los atrapó auscultando con linternas en cada rincón.

Al despuntar el día lo encontraron flotando en la Laguna de los Patos. Concluyeron que su balsa se habría volcado en la parte más profunda y se ahogó. Tomé entre mis dedos la foto y vi la noticia. En la fotografía la imagen de la abuela llorando desconsolada sobre aquel niño con jardinera me devolvía, a través de un fulgor ceniciento, un retorno a la comarca de las despedidas guardadas con llave en rancios baúles de la memoria.

—¿Quieres más café? —preguntó mi madre.

No respondí.

Luego me dijo además que la Laguna de los Patos no existe hace por lo bajo treinta años, que la rellenaron no mucho después de lo ocurrido y que ahora constituye parte del cementerio.

V

Igual que un navío surcando la anchura de una lágrima, va mi congoja desnuda. Se estiran las nubes del crepúsculo como brazos queriendo alcanzar el lecho del mar.

Igual que los sueños de un anacoreta que se esfuman como volutas de humo en un cafetín, así la infancia ajusta cuentas con el olvido, esa celda de confusas dimensiones. Quizás allí vive quien debiéramos haber sido.

Viaja tranquilo, angelito. La vida real nunca sabrá de tu zoología y no seré yo quien le cuente.

La estrella del rendido todavía late en el naufragio.

Aún puedo ver el barco pirata.

Tan al sur de la Tierra Media

..."mi sed de amar será como una argolla
empotrada en la losa de una tumba".
Ramón López Velarde

Magdalena, mi novia, es la vicepresidenta de la Sociedad Tolkien de Punta Arenas. Dicho cargo, no por honorífico, representa para ella una responsabilidad menor, ya que la veo asistir a reuniones al menos dos veces a la semana, organizar convenciones en la ciudad, mantener rigurosa correspondencia con otras agrupaciones de fanáticos de la Tierra Media.

A mí también me gustan los libros de Tolkien y la trilogía cinematográfica que realizó Peter Jackson de *El Señor de los Anillos*, pero lo de Magdalena es como mucho. Se sabe la genealogía completa, ha convertido su departamento en un verdadero museo de la saga, viajó el verano pasado a Buenos Aires a hacer un curso de idioma élfico e incluso me ha propuesto que si algún día nos casamos la sortija nupcial sea una reproducción del anillo de Poder, del Daño de Isildur, que en su interior tenga la leyenda en lengua tengwar: *Ash Nazg durbatulûk, ash Nazg gimbatul, ash Nazg thrakatulûk agh burzum-ishi krimpatul.* También me ha dejado entrever

que le gustaría que nuestro primer hijo se llame Frodo. A mí la idea de unirme a ella en matrimonio no me es ajena, pero no sé si me gustaría tener un hijo con pies tan peludos y que beba más cerveza que yo.

Según me ha dicho Magdalena, desde su adolescencia, cuando leyó por primera vez *El Hobbit*, descubrió en el universo Tolkien una vía eficaz para exorcizar sus problemas de personalidad y entender que la existencia se asemeja a un viaje mítico atestado de estorbos, donde el lado pérfido aparece tentador como el ubicuo ojo de Sauron, pero donde finalmente sobreviene la voluntad de hacer lo correcto: arrojar el tesoro maldito a las entrañas de la lava.

En fin. Quizás tiene razón.

El hecho es que la saga es parte cardinal en la vida de Magdalena.

Creo que todo ese mundo de dragones y guerreros se ha transformado de alguna manera en su filosofía de vida, en su biblia de citas existenciales. Cuando quiere ser afectiva conmigo me dice aquello que le dice Frodo a Sam: "Me hace feliz que estés aquí conmigo. Aquí al final de todas las cosas". En una oportunidad en que llegué a una cita con ella algo ebrio me recriminó: "¿Hay en esta pandilla alguien con autoridad para tratar conmigo? ¿O en verdad con seso suficiente como para comprenderme? ¡No tú, por cierto! Para ser un rey, no basta con un trozo de vidrio élfico y una chusma semejante. ¡Si hasta un bandolero de las montañas puede reunir un séquito como el tuyo!". Y en su trabajo, cuando quiere entusiasmar a sus colegas, pronuncia con encendida emoción: "¡De pie, de pie, Jinetes de Théoden! Un momento cruel se